CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSÉ GARCÍA DE SOLÍS.

UN JÓVEN COMPROMETIDO,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON AURELIO ALCON.

NÚMERO 338.

OFICINAS:
SALAMANCA: PLAZUELA DE SAN BOAL, NÚM. 2.
1870.

UN JÓVEN COMPROMETIDO.

UN JÓVEN COMPROMETIDO,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON AURELIO ALCON.

Estrenado con éxito en el Teatro de Lope de Rueda en Diciembre de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

715963

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSALÍA.....	Srta. D.ª Concepcion Alvarez.
DOÑA ROBUSTIANA.	Doña Cármen Fenoquio.
DON LEON.....	Don José García.
EDUARDO.....	Don Juan Reig.
DON PRUDENCIO...	Don Ramon Medel.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José García de Solís, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería de dicho Señor son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

AL APRECIABLE PRIMER ACTOR CÓMICO

DON JOSÉ GARCIA.

Querido Pepe: Para que una obra se aplauda (hecha abstraccion de la *claque*) es necesario:
Ó que la obra sea buena.
Ó que la direccion, y por ende la ejecucion sea esmerada.
Esta comedia se ha aplaudido.
Está muy lejos de ser buena.
Deduce, pues, la consecuencia.

Tuyo afectísimo,

Aurelio Alcon.

Posdata. Encargar á un primer actor que dé las gracias á los compañeros por su cooperacion á un buen éxito, es muy antiguo.

Por eso no te digo nada.

Valé.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unjovencompromet00alcn

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada en casa de D. Leon Puertas al foro y laterales, Derecha primer término, balcon. Un velador á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ROSALIA, DOÑA ROBUSTIANA y D. LEON.

Al levantarse el telon están, Rosalía sentada junto al balcon. cosiendo, Doña Robustiana en el centro y D. Leon á la izquierda; los tres leyendo: Rosalía á hurtadillas y mirando á la calle.

LEON. (Gracias á Dios que por fin
voy á poderle abrazar.
Segun hoy Ponce me escribe
salió ayer de Puerto Real,
y vendrá sobre las doce
poco ménos poco más.
Así lo dice la carta.
La leeré otra vez.)

ROS. («Fué tal
el placer que me causó
aquel voluptuoso vals,
que estoy desde entónces loco
deseando contemplar
el problemático rostro

que ocultaba su antifaz»
Mi antifaz... yo no me explico...

ROB. («Mañana recibirás
sin falta lo que deseas;
irá en gran velocidad
para que no sufra mucho.)

LEON. (Bien clara la carta está.
Si supiera mi mujer
que en mi juvenil edad,
de borrascosos amores
tuve un descendiente...)

ROB. «El cual
irá metido en un saco
y en la perrera.»

LEON. San Blas!
¿Cómo en la perrera?

ROB. Es claro!

LEON. (Ay Dios mio... si sabrá?)

ROS. Pero quién viene?

ROB. Es un hijo
de Leon.

LEON. Mio? No tal!
(Ya lo sabe.)

ROC. No desbarres!

LEON. Como dices...

ROB. Claro está!
Porque se llama Leon
el perro de Nicolás.
Y como le hice el encargo
de que me enviara ..

LEON. Ya!
(Respiro .. No sabe nada.
Maldita casualidad!)

ROS. (Que yo estuve en Capellanes...
Que horror!)

LEON. (Si pudiera hallar
un medio para decirle
sin que le vieran...)

ROB. Ajá!
Le contestaré esta tarde.
(Guarda la carta y se levanta.)

ROB. (Está obcecado.)

LEON. (Por más
que me devano los sesos,
nada, no puedo encontrar...)
ROB. Esposo, estás pensativo.
LEON. Yo pensativo? No tal! (Trata de ocultar la carta.)
ROB. Te digo que sí.
LEON. Te engañas.
ROB. Algo tratas de ocultar...
Mira que no me la pegas!
Que yo soy muy lista...
LEON. Bah!
ROS. Y el motivo es esa carta.
LEON. Mujer, por santo Tomás...
ROB. Es claro, será de alguna...
Dios me perdone, y estás
buscando para engañarme
alguna intriga infernal!
Adúltero!
LEON. Pero esposa...
tú no reparas... (Por Rosalía.)
ROB. Truhan!
No busques un subterfugio.
Responde sin vacilar.
Esa carta de quién es?
Dímelo... vamos...
LEON. (Aquí hay
que mentir!)
ROB. Vamos!
LEON. Pues bien
del director del canal,
(donde quisiera yo verte)
y me dice que vendrá
un dia de estos á hablarme.
Me tiene que consultar
sobre unas presas.
ROB. Es claro,
mujeres al fin.
LEON. Qué afan!
si es una expresion hidráulica.
ROB. Hidra... qué?
LEON. (Tú sí que estás
buena hidra.)

ROB. Enséñame
la firma.
LEON. Ves?
ROB. Trinidad!
Qué Trini es esta? Responde!
LEON. Pero qué insufrible estás!
No ves que dice: tu amigo
Trinidad Ponce?
ROB. Es verdad!
Te perdono.
LEON. (Pues me gusta!
Y hay quien se quiera casar!)
ROB. Aprende de mí, que soy
en punto á fidelidad
una Lucrecia moderna.
LEON. Lo creo.
ROB. (Mira por el balcon.) (Pero aún está
mirando hácia aquí ese jóven,
sin temor al qué dirán.
Maldito baile de máscaras
donde mi aficion fatal
me condujo... Allí le ví,
me sacó á bailar un vals
y le gusté... Yo llevaba
cubierto con antifaz
el rostro... desde aquel dia
que no cesa de rondar
la calle... Si Leon supiera...)
LEON. Cáspita, las once ya.
Decid que pongan la mesa,
que ya es hora de almorzar.
(Si viene estando yo solo...)
ROB. Vamos, niña?
ROS. Vamos.
LEON. (Iluminado por una idea.) Ah!
ROB. Esposo, qué arranque es ese?
(Al ruido de esta exclamacion, Rosalía y Robustiana quedan sentadas.)
ROS. Me has asustado!
LEON. (Cabal!
De esa manera... Magnífico!)
ROB. Pero qué es ello? Ya están

mis nervios sobreescitados,
y temo me vaya á dar
el ataque...

LEON. Mira, guárdalo
para despues.

ROB. Bueno, mas
necesito que me expliques
el motivo de ese ah!

LEON. Nada... (Es un plan sublime!)
Que acabo de recordar...
Benitez, á quien anoche
encontré en el Imperial,
me dijo: «¿quieres venirte
con tu familia á pasar
el domingo, en una quinta
que he comprado en Alcalá?»
Me instó con tanta porfía,
que no me pude negar
y acepté su invitacion.

ROB. Oh! pues preciso será
que vayamos.

ROS. (Qué fastidio!)

LEON. (No está mal fraguado el plan.)

ROB. Vamos á vestirnos, niña.
Hasta luego.

ROS. Adios, papá.

(Vánse por la izquierda.)

LEON. Si digo que soy más listo...
Qué convencidas que van
creyendo que el tal Benitez
nos ha invitado... Já! já!
Las llevaré á la estacion,
y al ir el tren á marchar,
me eliminò, el tren se marcha,
y las deja en Alcalá.

(Váse por la izquierda riendo.)

ESCENA II.

EDUARDO.

Se abre la puerta del foro con estrépito, y aparece Eduardo muy en desórden, llevando un *chaquet*, al que le falta un faldon. Cierra la puerta.

Con permiso... Me salvé!
Si no hallo la puerta abierta,
me estrella contra la puerta
ese Neron con *chaquet*.
Maldito baile... Tus tretas
son causa de mis afanes.
Mas ¿quién no va á Capellanes
teniendo cuatro pesetas?
Allá fuí, crucé el salon,
y con mucha urbanidad,
á una diosa libertad
la pedí la introduccion.
Quiso negarse, insistí;
era mujer, y cedió;
bailamos, me enamoró;
cesó el vals y me ofrecí.
Aceptó mi ofrecimiento,
y entre burlas y verdades
me tomé unas libertades
que ni las del alzamiento.
Con ella subí al *buffet*,
y lo que allí sucedió
no lo digo... porque no;
pero tomamos café.
Lució al fin el nuevo dia
y mi brazo la ofrecí;
seguro estaba que así
su casa me ofreceria,
premiando la fe sin tasa
con que la amaba; aceptó
y... en efecto, al llegar no
quiso ofrecerme su casa.
Desde entónces no he cesado

esta calle de rondar,
sin conseguir ablandar
su rigor exagerado.
Cansado de tal teson,
una cita la he pedido;
subo y encuentro al marido...
Calculen qué situacion!
Era una diosa casada,
y ahora me explico por qué
en Capellanes la hallé
de libertad disfrazada.
Y el caso es que por huir
de ese Otelo empedernido,
ni sé dónde me he metido
ni cómo podré salir.
Oigo pasos... la ocasion
es para picar espuelas...
(Al irse á marchar entra D. Leon por el foro. Cierra con precaucion la puerta y abraza á Eduardo, que está estupefacto.)

ESCENA III.

EDUARDO, D. LEON.

LEON. Hijo de mis entretelas!
EDUAR. Padre de mi corazon!
LEON. Al cabo te vuelvo á ver.
EDUAR. (Será un loco?... No me fio...)
Pero...
LEON. Habla bajo, hijo mio,
no nos oiga mi mujer.
EDUAR. Y qué importa?
LEON. Desgraciado!
Todavía ignoras...
EDUAR. Un poco.
(Pues señor, este hombre es loco,
pero loco rematado.
Continuemos hasta el fin,
no me crean un ladron...
Daria un napoleon
por encontrarme en Pekin.)

LEON. Yo estoy loco de placer!
EDUAR. (Y de otra cosa quizá.)
Mas dígame usted, papá,
¿cómo es que su mujer
no es mi madre?
LEON. Veces mil
yo lo hubiera deseado...
Eres...
EDUAR. Qué?
LEON. El resultado
de un matrimonio civil.
Voy á descorrerte el velo
que hoy en tinieblas mantiene
tu existencia, aunque así llene
mi pecho de amargo duelo.
Grabada en mi alma está
tu historia entre desengaños...
Un martes, hace veinte años,
conocí yo á tu mamá.
Era toda una señora
huérfana de un coronel,
pero que el hado cruel
hacia ser ribeteadora.
Era en Cádiz... El Balon,
teatro de eterna fama,
daba aquella noche un drama
de en los que sufre el pulmon.
Ella estaba en el Eden.
EDUAR. Cómo?
LEON. En el paraiso.
EDUAR. Ah! vamos!
LEON. Y el cielo quiso
que yo estuviera tambien.
Tal impresion hizo en mí
la vista de tu mamá,
que á los diez minutos la
amaba con frenesí.
Oh! Jamás olvidaré
lo que sufrió el corazon.
Se concluyó la funcion,
y al pasar por el café
no pude más resistir,

que amor en nada repara,
y la invité á que tomara...
mi brazo para salir.
Montamos en un simon
que nos condujo á su casa...
Este recuerdo traspasa
las fibras del corazon.
La llamé tórtola mia;
despues, prenda idolatrada;
despues, imágen preciada
de mi loca fantasía,
y henchido de amor profundo,
amante caí á sus piés...
Ay! siete meses despues
te echaba tu madre al mundo!

EDUAR. Cómo?

LEON. No te extrañe nada
tan inocente simpleza;
allí la naturaleza
está muy desarrollada!
Al poco tiempo, mi padre,
que me casara al momento
mandó, y aquel casamiento
causó la muerte á tu madre.
Tomé, pues, aquella esposa
porque debia obedecer.
Mi mujer no era mujer;
á más de fea, celosa.
No te engaño... La verás,
y dirás en conclusion,
si me falta ó no razon.
Como tú comprenderás,
con una mujer así,
no me atreví á proponerla,
por temor de enfurecerla,
que te trajeran aquí.
Ya has crecido y me decido
á tenerte aquí á mi lado.
Serás para ella empleado;
para mí, mi hijo querido.
No quiero más tu atencion
molestar, y voy á ver

si logro que mi mujer
te prepare habitacion.
No te impacientes... adios,
oh, fruto de mis deslices!
Verás, verás qué felices
que vamos á ser los dos.

EDUAR. (Verás cuando solo esté
qué paso llevo.)

LEON. Otro abrazo!

EDUAR. (Pues no corro mal bromazo!)

LEON. Que no te impacientes, eh?

(Váse por el foro.)

ESCENA IV.

EDUARDO, luego DOÑA ROBUSTIANA.

EDUAR. Vaya usted con Dios, papá.
Como me vuelvas á ver
hàs de ser más listo.

(Va á huir y sale Robustiana.)

ROB. Cielos!

EDUAR. (Á que no me voy?)

ROB. Es él.

EDUAR. Cómo? Yo?

ROB. Qué atrevimiento!
Venir hasta aquí!

EDUAR. (Tambien
esta vieja me conoce?)

ROB. (Cuánto me adora!)

EDUAR. (Qué hacer?)

ROB. (Qué amor tan fino!)

EDUAR. (Qué vieja
tan horrible!)

ROB. Sepa usted
que soy casada.

EDUAR. Casada?
(Pobrecillo!) Bien y qué?

ROB. Cómo ¿y qué?

EDUAR. Que no me importa.

ROB. Háse visto avilantez!
Mi marido es muy celoso.

EDUAR. Y á mí qué me cuenta usted?
Que lo sea... yo aquí vine...
ROB. Sí... demasiado lo sé.
Es usted muy atrevido.
No contento con hacer
el trovador en la calle
desde las ocho á las seis,
tiene usted aun el descaro...
mejor, la desfachatez
de seguirme hasta mi casa.
EDUAR. Pero si yo...
ROB. Sin temer
las iras de mi marido,
que es muy celoso.
EDUAR. Lo sé;
ya me lo dijo usted ántes.
ROB. Si lo llegara á usted á ver
se lo comia.
EDUAR. (Qué bárbaro!)
ROB. (Y es guapo.)
EDUAR. (Pero de qué
me conoce á mí esta vieja?
Yo no puedo comprender...)
ROB. Maldito baile, maldito!
Tú tienes la culpa.
EDUAR. Qué?
Explíquese usted, señora.
ROB. Ya no lo recuerda usted?
Picarillo!
EDUAR. (Ay Dios,
qué idea!... Por Lucifer
que fuera broma pesada!)
ROB. Ya no se acuerda el infiel
de aquel wals.
EDUAR. (Ábrete tierra!)
ROB. Ni tampoco del café
que me obligó á que tom.
cuando fuimos al *buffet*.
EDUAR. (Para cuándo son los rayo.!)
ROB. Y aquellas frases de miel
que sus labios murmuraban
y aquel «te amo.»

EDUAR. (Pardiez!
que si la dejo es capaz...)
Señora, me acuerdo bien!
Qué wals, qué noche y qué diosa!
(Malditas sean las tres.)
ROB. Yo diosa?
EDUAR. (De la fealdad.)
ROB. Qué lisonjero!
EDUAR. No á fe.
(Es necesario fingir
si no, imposible poder
escapar...) Qué noche aquella!
(Lo que siento es el café.)
Recuerda usted cuando unidos
cruzábamos al través
de aquel salon, mudo intérprete
del más sublime placer?
(Pero señores... qué fea.)
ROB. Y aquel dulce ten con ten
del wals con que amenizaba
la orquesta... ¿Recuerda usted?
LEON. Robustiana! (Dentro.)
ROB. Mi marido!
Por Dios, escóndase usted.
EDUAR. Lo que yo quiero es marcharme.
ROB. Ahora no es fácil.
EDUAR. Por qué?
LEON. Robustiana! (Dentro.)
ROB. Porque viene
por ese lado.
EDUAR. Pardíez.
Y yo qué hago? (Á que no
me voy?)
ROB. Espere usté
en esta sala un momento,
que yo me lo llevaré
por otro lado. Allá voy!
Adios! (Váse foro.)
EDUAR. Hasta nunca ver!

ESCENA V.

EDUARDO.

Señores, han visto ustedes
desengaño más cruel?
Si lo que me pasa á mí...
Quién habia de creer
que aquel talle seductor,
aquel diminuto pie,
aquellos ojos de fuego,
aquella pierna y aquel...
Pero es claro, el antifaz
cubria el rostro tan bien...
Para cuándo son los rayos
oh Júpiter! Para qué
se han hecho las pulmonías,
si esa hija de Luzbel
está tan buena y tan sana...
y hay justicia... ¿Qué ha de haber?
Pues no me dice, que espere
hasta que se lleve á aquel
para... lo demas lo ignoro...
pero figúrese usté!
Nada, nada, lo mejor
es salír ya de una vez
de tal compromiso, y luego...
Otra te pego?

(Va á marcharse y sale Rosalía izquierda.)

ROS. Oh placer!

ESCENA VI.

ROSALÍA, EDUARDO.

ROS. Eduardo, al fin has roto
de tu silencio la implacable valla!
EDUAR. (Me conoce tambien?) Pero señora...
ROS. Desventurado, calla!
Comprendo que el amor que te devora
te hiciera cometer esta imprudencia,
y que á mis piés rendido
implores tu perdon de mi clemencia.

No de hinojos te postres
si pensabas hacerlo.

EDUAR. (Estoy lucido.)

ROS. Que adorándome así, no es bien que arros-
mi enojo, francamente inmerecido. [tres

EDUAR. (Pero señor, qué pasa
que toda la familia en esta casa
me conoce?)

ROS. No há mucho he recibido
por medio de mi estólida doncella
tu epistola gentil. (Enseñándosela.)

EDUAR. (Qué es lo que veo?
La de Elisa.)

ROS. Y en ella
advierto de tu alma enamorada
el natural y lógico deseo.

EDUAR. (No hay duda, he equivocado la criada!
Y es linda como hay Dios!)

ROB. Ese silencio...
Que te aqueja, mi bien?

EDUAR. (Fuera chistoso
un cambio!)

ROB. Qué te pasa?

EDUAR. Qué decidido estoy á hacerte el oso!
Que mi pasion no escasa,
sufrir no pudo más, y es necesario
que apagues este fuego que me abrasa
ó vayas preparándome el sudario!

ROB. Sí, yo lo apagaré. Vive tranquilo.
Pero escucha no obstante:
poner no puedo á mis amores valla!
Mas si tú quieres conocer lo mucho
que mi pecho te adora, escucha y calla.

EDUAR. Pues lo quiero saber, callo y escucho.

ROB. No sé si será amor lo que yo siento,
pero es esa incógnita alegría
que une dos almas con tan fuertes lazos,
que ántes de separarlas quedaria
el pobre corazon hecho pedazos.
Ese dulce misterio incomprensible
que á veces una lágrima revela,
es esa agitacion que al deslizarse

con mágica dulzura
dentro del alma, por su afan herida
va cubriendo de célica ventura
las pavorosas sombras de la vida.
Sí, es amor, Eduardo
esta mezcla de pena y de contento,
y si por mí tu corazon sintiera
lo mismo que yo siento...
qué más, qué más ambicionar pudiera!

EDUAR. Ay! ay! que me derrito.
No prosigas, mi bien, pues de otro modo
me vas á hacer llegar á lo infinito.

ROB. Perdona mi alegría,
que solo es hija de mi amor profundo,
pues nunca pensar pude que algun dia
triste mortal hubiera
que al placer que soñaba el alma mia
con su amor y su fe correspondiera.
Pero escucha, Eduardo:
si un dia me olvidaras
y la fe que te guardo
por otra abandonaras,
maldiciendo mi suerte,
con veneno ó puñal te daré muerte.
é iré á gozar contigo
si por tu crímen á mis manos mueres,
del dulce sueño eterno,
al cielo, si allí fueres,
y si al cielo no vas, iré al infierno.

EDUAR. (Y qué á pechos lo toma!)

ROB. Jamás te olvidaré.

ROS. Si así lo hicieras...

EDUAR. (Qué apostamos que en broma
me estoy enamorando de veras?)

ROS. Pero es preciso que un eterno lazo
nos una cuanto ántes.
Ofréceme tu brazo
y vamos á postrarnos á las plantas
del autor de mis dias,
que ha de hacernos dichosos
haciendo de los dos mútuos esposos.

EDUAR. (Ya escampa! En cuanto sepa ..)

ROS. Y si acaso mi padre
negárase cruel á nuestro ruego,
iriamos á mi madre,
cuya bondad no escasa
me hace creer consienta.
EDUAR. (Que á palos me despida de su casa.
Conjurar es preciso la tormenta.)
Mas dime, ángel querido,
¿y si ella nuestro amor desaprobara?
ROS. Me raptas y es asunto concluido.
EDUAR. (Cristo, qué niña!)
ROS. Vamos cuanto ántes;
veloz el tiempo pasa...
EDUAR. Cuando quieras, mi bien. (Será un milagro
que salga yo completo de esta casa.)

ESCENA VII.

LEON, PRUDENCIO, foro.

LEON. Qué dice usted, don Prudencio?
PRUD. Lo que oye usted, don Leon.
No quise romperle el alma
como era muy de rigor,
porque no armara un escándalo.
Usted ya sabe que soy,
aunque muy bruto, prudente
cuando llega la ocasion.
LEON. (Y mi mujer que no viene!)
PRUD. Al encontrar á los dos
no sé qué pasó por mí,
pero ciego de furor,
me lancé hácia aquel infame
y le dí tal bofeton,
que sin que abriera la puerta
fué á salir al corredor.
Para evitar que escapara
le cogí por un faldon
de su chaquet, pero en balde,
este trozo de castor (Saca el faldon del bolsillo.)
que de aquella gran batalla
entre mis manos quedó
á voz en grito pregona

la derrota de mi honor.

LEON. Cálmese usted, don Prudencio,
quizá usted en su furor
creyó ver...

PRUD. Yo no creo nunca,
sépalo usted, don Leon;
lo que mis ojos han visto
era un ataque á mi honor.

LEON. Las apariencias engañan.

PRUD. Apariencias. ¡Voto á brios!
si encontrara á su mujer
usted en su habitacion
con un jóven de patillas
y botitos de charol,
y que á sus piés la juraba
por siempre perfecto amor,
qué diria usted?

LEON. Mi mujer
es una virtud y no
es capaz...

PRUD. Sí, con efecto,
su fealdad es tan atroz
que sin esfuerzo le sirve
de salvaguardia á su honor.

LEON. Don Prudencio! (La verdad
es que le sobra razon.)

PRUD. Sabe usted que estoy notando
se toma mucho calor
por defenderles? Acaso
seria usted cómplice?

LEON. Yo?

PRUD. Usted le conoce.

LEON. Pero...

PRUD. Su nombre! Voto á un cañon!

LEON. Cuando le digo á usted...

PRUD. Basta!
No creia, don Leon,
que fuera usted á sus años
de amores encubridor.

LEON. Don Prudencio! Usted me insulta
con esa suposicion.

PRUD. En fin, me importa muy poco

que le conozca usté ó no;
pero como usted comprende,
el castigo de los dos
ha de ser terrible, fuerte...
de ella me encargo yo
y de él esta pistola. (Sacándola.)

LEON. (Qué bárbaro!)

PRUD. Ahora voy
á ver si puedo encontrarle;
mas ¡qué idea! ¿Este balcon
da á la calle?

LEON. Con efecto.

PRUD. Va usté á ser mi salvador!

LEON. Pero si...

PRUD. Él ha de venir,
entrará al ver que no estoy.

LEON. Bien, pero...

PRUD. Lo mato y...

LEON. (Cáscaras!)

PRUD. Gracias á usted, don Leon,
podré echar hoy un zurcido
sin conocerse á mi honor. (Entra en el balcon.)

ESCENA VIII.

D. LEON solo.

Pero señor don Prudencio...
Nada, nada, se marchó,
y será capaz de estarse
todo el dia en el balcon.
Buen tonto será ese quidam
si se atreve á volver... No
le arriendo la ganancia
con un hombre tan atroz!
Y yo sin poder decir
á mi mujer... pero no
le veo... ¿Se habrá marchado?
Quizá en esta habitacion... (Segunda derecha.

ROB. Imposible. (Dentro.)

ROS. Pero si... (Id.)

ROB. Les digo á ustedes que no.

LEON. Qué gritos! Qué es lo que pasa?
Mi mujer con él ¡horror!

ESCENA XI.

(LEON. ROBUSTIANA, ROSALÍA, EDUARDO, por la izquierda.)

LEON. (Ya lo sabe.)
ROB. Es un escándalo
y una ofensa á la moral
lo que está aquí sucediendo.
Tú no tienes dignidad!
Eres un Juan lanas, un...
EDUAR. Pero si...
ROB. Dejar entrar
en casa á este Maquiavelo,
que con intencion audaz
de nuestra paz Octaviana
la quietud viene á turbar.
LEON. (Yo sudo!) Pero tú sabes?...
(Se desbarató mi plan!)
ROB. Te aseguro, caro esposo,
que no le he visto jamás,
ni sé quién es.
LEON. (Ay! respiro!)
Entónces...
ROS. Pero mamá...
ROB. Calle usted, perturbadora
de la doméstica paz!
Y usted, caballero, cuya
imperturbabilidad
va á ser causa de disgustos
que no quiero enumerar...
EDUAR. Pero, señora...
ROB. Silencio.
LEON. Qué ha sido?
ROS. Por Dios, mamá!
ROB. Tener el atrevimiento
de venir á enamorar
á una doncella en su propia
casa... ¿y el qué dirán?
Usted no respeta, jóven,

las leyes de la moral!
y tu hija, coadyuvando
su maquiavélico plan,
le secunda en sus proyectos.
No te horrorizas?

LEON. Sí... Ah!... (Horrorizándose.)
Qué escucho? Conque sabiendo
que es tu hermana... (Á Eduardo.)

ROB. Qué?

LEON. No tal!
(Á Rosalía.)
Que es tu hermano... No, tampoco!
tan grande es su iniquidad
que me confundo! (Qué has hecho?)
(Ap. á Eduardo.)

EDUAR. (Qué idea! Disimular!)

LEON. Oh!

EDUAR. (Ganemos tiempo. No
(Ap. á Doña Robustiana.)
ha comprendido mi plan.
Disimule usted, señora,
si no nos perdemos.

ROB. Ah!

LEON. Qué talento!

ROB. Qué talento!

ROS. Pues bien, tiranos papás,
si mi afan no os enternece
ni os conmueve mi llorar,
si el amor que experimento
por este jóven audaz,
amor inmenso, volcánico,
sublime, piramidal,
más grande que el que ningun
poeta llegó á soñar,
no enternece esas entrañas
más duras que el pedernal,
una marmórea tumba
á mi cuerpo se abrirá
socavada por las lágrimas
que habréisme hecho derramar.

EDUAR. (Ya salió el romanticismo!)

ROS. Y tú, amante sin igual,

que destruyes los obstáculos
con tu férrea voluntad,
no olvides que por tí muero
sin poderlo remediar.
Adios. (Va á marcharse y Eduardo la detiene.)

EDUAR. Espera un momento,
mujer sublime, ideal,
que ya noto en los semblantes
convulsos de tus papás
el perdon de nuestras culpas.

ROS. Qué escucho? Será verdad?

LEON. Tu madre...

ROB. Por mí...

ROS. Oh! gracias!

PRUD. Qué chaparron! (Saliendo del balcon.)

EDUAR. Cielos!

ROB. y ROS. Ah!!

ESCENA X.

DICHOS, D. PRUDENCIO.

EDUAR. (El marido... Si pudiera
escapar!...)

PRUD. Yo bien, y usted? (Á Robustiana.)

ROB. Nos habia usté asustado.

PRUD. Como no tenia que hacer
me asomé un rato al balcon.
Verdad, don Leon?

LEON. Sí á fe.

ROB. Y la señora?

PRUD. Tan buena!
(Infame!)

LEON. (Pero, hombre, ven:
don Paudencio es buen sujeto,
verás... te presentaré.

EDUAR. No, no... estoy muy conmovido.
(Si me conoce... ¿qué hacer?)

PRUD. Quién es ese caballero?

LEON. Pregunta por tí, lo ves?

EDUAR. (Ábrete tierra y trágame!)
Pero si...

LEON. Tengo el placer
de presentarle...
PRUD. Qué miro?
Rayos y truenos! es él.
EDUAR. (Me partió!)
PRUD. Voto al infierno!
Salgamos al punto.
ROB. y ROS. Qué?
LEON. Se ha vuelto loco?
ROS. Dios mio!
ROB. Qué ha sucedido?
LEON. Si es
un jóven recomendado
que ha venido...
PRUD. Miente usted!
LEON. Don Prudencio!
PRUD. Don Leon!
Bien hacia yo en creer
que era usted de los culpables...
LEON. Pero...
PRUD. Cómplice tambien.
ROB. De qué eres cómplice, esposo?
Yo necesito saber...
LEON. De nada, que don Prudencio
se figura...
PRUD. Calle usted.
ROS. Pero qué quiere ese hombre?
EDUAR. Nada, hija, sino que...
(Yo sudo!)
PRUD. Antes de todo
quiero que me digan quién
es ese jóven.
LEON. (Aquí hay
que decir la verdad.) (Es (Ap. á D. Prudencio.)
mi hijo.)
ROS. Es mi amante.
ROB. (Ap. á D. Prudencio.) (Es un jóven
que me adora!)
PRUD. Voto á cien
mil legiones de diablos!
Acaso han creido que
podian ustedes burlarse

así de mi buena fe?
EDUAR. (Me va á matar!...)
PRUD. Mas qué miro?
Ya no cabe duda, es él.
Conoce usted este faldon? (Sacándolo.)
EDUAR. Cielos!
ROS. Cómo?
EDUAR. Diré á usted...
ROB. Este apéndice. . (Quitándoselo á D. Prudencio).
ROS. No hay duda,
te pertenece.
LEON. (Era él.)
ROB. Pero cuál es su delito?
ROS. Yo no comprendo por qué.
PRUD. Le he sorprendido infraganti
á los piés de mi mujer.
EDUAR. (Agua va!)
ROS. Cielos! (Se desmaya.)
ROB. Dios mio! (Id.)
LEON. Se han desmayado!
PRUD. Y usted (Á Eduardo.)
me ha de dar satisfaccion
muy cumplida!
EDUAR. Ahora es
imposible... Necesitan
de mis cuidados... despues...
(Tengo un nudo en la garganta!)
LEON. Vecino, ¿quisiera usted
traerme un vaso de agua?
PRUD. No me da la gana!
LEON. Bien!
(Qué amable!)
PRUD. Voy á arreglar
mis asuntos y despues
vuelvo á matarle!
EDUAR. (Qué bárbaro!)
LEON. (Y le matará!)
PRUD. Ay de usted
como lo encuentre!
EDUAR. Pero...
PRUD. Lo dicho y hasta despues! (Váse foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos PRUDENCIO.

LEON. Ya lo has oido.
EDUAR. Sí á fe.
LEON. Nada tengo que decirte!
EDUAR. (Más vale...)
LEON. Debes batirte!
EDUAR. (Incomodado.) Sí señor, me batiré!
LEON. Tienes mi sangre, y así
no es bien que el duelo dilates;
es preciso que le mates.
EDUAR. (Ó que me mate él á mí!)
LEON. Mas si él le matara, yo
muriera de pena.
EDUAR. Ya!
(Maldito si me da
que tú te mueras ó no.)
Pero abrevian los instantes
y no tardará en venir
ese cafre... hay que salir
de este enredo cuanto ántes!)
LEON. Silencio! Ya han suspirado...
Parece vuelven en sí.
ROS. Ay! Dónde me encuentro?
LEON. Aquí.
ROB. Ay! Dónde estoy?
LEON. Á mi lado!
ROS. Parece fué un sueño... Siento
un no sé qué...
EDUAR. Rosalía!
ROS. ¡Era verdad!
(Se arroja en brazos de Doña Robustiana.)
ROB. Hija mia!
ROS. (Incorporándose de repente y con entonacion trá:
Escúcheme usted un momento.
Con ciega pasion le amé,
le adoré con frenesí
desde el dia en que le vi
parado ante aquel café.

Desde entónces no sé qué
por mi corazon pasó,
que el pobrecito cayó
sin conocerlo quizá
en las redes que usted ya
con su engaño le tendió.
Era tanta mi pasion
que llegué á cegar al fin...
Me pareció... un serafin...
con gaban y pantalon.
Pero pronto mi ilusion
se destruyó con mi afan
al conocer su desman,
y aunque me engañe tambien
sus frases, sépalo bien,
jamás me convencerán!
Así, mi pasion feroz
me hace ser con su desliz,
la verdad, muy infeliz,
porque es usted muy atroz!
Y aunque me diga su voz
que su lenguaje es veraz
y que no ha sido capaz
de seducir con doblez,
le diré con altivez
que me deje usted en paz!
Fuera inútil su despecho,
pues su conciencia le tacha
de perder á una muchacha
y estará usted satisfecho.
Mas aunque sufra mi pecho
por ser usted tan mal bicho,
no obedezco á mi capricho
ni á mi corazon escucho,
porque es demasiado ducho
para conquistas... He dicho!

EDUAR. (Desesperado.) Pues bien, sí, es la verdad.
Soy culpable! (Á ver si así
logro escapar!)

ROS. Ay de mí!
Es cierto... Cuánta maldad!

ROB. Infame!
EDUAR. Pero señora...
ROB. Seductor!
ROS. Mal caballero!
ROB. Infiel!
ROS. Traidor!
ROB. Embustero!
Sí señor!
EDUAR. (Las dos ahora!)
ROB. (Á D. LEON.) ¿No te horrorizas al ver
cómo insultándome está?
LEON. Si me horrorizo... Oh!! Ya
me he horrorizado, mujer.
EDUAR. Pero, señora, por Dios!
ROB. Inícuo.
EDUAR. Yo no merezco...
LEON. (Soy franco... Le compadezco...
Le matan entre las dos!)
ROB. Venga usted acá, infiel! (Atrayéndole hácia sí.)
ROS. Venga usted, mal caballero. (Id.)
ROB. Conmigo!
ROS. Conmigo!
EDUAR. Pero...
No hay quien me traiga un cordel?
ROB. De cólera no respiro!
LEON. (Pobrecillo!)
ROB. Trapalon!
ROS. Infame!
ROB. Perro!
ROS. Bribon!
EDUAR. Y, no hay quien me pegue un tiro?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PRUDENCIO, foro con dos pistolas.

PRUD. Aquí estoy yo!
EDUAR. Vamos pronto,
y líbreme por piedad
de las garras de estas fieras
que me quieren devorar!
ROB. Mátele usted, don, Prudencio!

Es un infame... Un truhan...
PRUD. Tranquilícese, señora,
que todo se arreglará.
Escoja! (Á Eduardo presentándole las pistolas.)
EDUAR. (Tomando las dos.) Gracias.
PRUD. Las dos?
EDUAR. Me es completamente igual
una que otra, y así
estoy más tranquilo.
LEON. (Ya!)
PRUD. Se burla usted?
EDUAR. Yo? (Qué idea!
Si me pudiera salvar...)
Burlarme yo... al contrario,
pero tenemos que hablar,
y mientras las tenga yo
lo haré con más libertad.
PRUD. Bien... hable usted, pero pronto!
EDUAR. (Entre dejarme matar
y casarme... pecho al agua!)
Es cierto que poco há
me sorprendió usted infraganti
á los piés de su mitad;
pero mi conducta, que
pareció á ustedes audaz,
es consecuencia de una
equivocacion no más.
Mi pasion por esta jóven, (Por Rosalía
pasion sublime, ideal,
me hizo atropellar las leyes
que rigen la sociedad;
quise hablarla, mas sin duda
equivoqué el piso.
PRUD. Ya!
EDUAR. Ciego de emocion, no pude
conocer mi error fatal,
y entónces usted...
PRUD. Sí, sí!
Ya sabemos lo demas.
LEON. (Qué manera de mentir!)
ROS. (Cuánto me ama!)
ROB. (Qué audaz!)

EDUAR. Y en prueba de que no miento
peticion hago ademas
á don Leon de su hija.
PRUD. Y don Leon se la da
á usted.
LEON. (Á Eduardo.) (Eso será en broma!)
EDUAR. No es en broma, que es formal!
LEON. (Pero hombre... tú no comprendes?...)
PRUD. Ahora recuerdo... al entrar (Á D. Leon.)
me entregaron este parte,
y presumo que será
para usted. (Se lo da.)
LEON. Veamos... Cielos!!
(Lee ap.) «Niño partió Cuba tras
suriparanta.—Por correo
van detalles.—Trinidad.»
(Era cierto lo que dijo...
Y me he dejado engañar...)
ROB. Qué dice?
LEON. Es para este.
(Por Eduardo. Se lo da.)
EDUAR. Cierto! (Despues de leerle. Ap. á Leon.)
(Si usted no me da
á su hija lo publico!)
LEON. Pero...
EDUAR. (Empiezo...)
LEON. (No... jamás.
Si mi mujer se enterara...)
En todo consiento!
ROS. Ah!
EDUAR. Gracias, don Leon.
ROB. Qué dice?
EDUAR. Corriente!
ROS. Oh gozo!
ROB. No tal!
Yo tambien mando en mi hija
y no puedo tolerar...
EDUAR. (Acceda usted, ó si no
pronto don Leon sabrá
lo del baile!)
ROB. (Pero...)
EDUAR. (Empiezo!)

ROB. (Silencio por Dios!) Si es tal
su cariño y tú consientes... (Á D. Leon.)
EDUAR. Oh gracias! (Respiro!)
ROS. Ah!
EDUAR. (Á D. Prudencio)
Ahí tiene usted sus pistolas,
ya no hacen falta.
PRUD. (Tomándolas.) Es verdad!
Doy á usted mi enhorabuena,
jóven.
EDUAR. Gracias!
PRUD. Ademas
le ruego á usted que conserve
como recuerdo este par
de pistolas, por si acaso
algun dia su mitad
se estralimita...
EDUAR. No... gracias,
que no le quiero privar
del placer de usarlas cuando
tenga usted necesidad!
Señoras, señoritas (Al público.)
y caballeros,
que ustedes no me silben
es mi deseo.
Compasion pido
para esto pobre JÓVEN
COMPROMETIDO.

FIN.

ÓBRAS DEL MISMO AUTOR.

ARDIDES DE UNA MUJER..... En un acto y en prosa.
POR TENER EL MISMO NOMBRE [1].. En un acto y en verso.
I DUE CONSPIRATORI..... En un acto y en verso.
LOS MANDAMIENTOS DEL TIO [1]... En un acto y en verso.
FLOR Y FRUTO..... En un acto y en prosa.
UN MANOJO DE ESPÁRRAGOS [1]... En un acto y en prosa.
D. EDUARDO LOPEZ Y GARCÍA... En dos actos y en prosa.
UN JÓVEN COMPROMETIDO..... En un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con D. José de Fuentes.